

El desafío de la marginalidad*

En tanto millones de familias viven en condiciones económicas de existencia tales que su manera de vivir, sus intereses y su cultura las separen de los de otra clase y las sitúen en una actitud hostil, ellas constituyen una clase.

Una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada sobre la oposición de clases. La liberación de esta clase oprimida supone necesariamente la creación de una nueva sociedad.

C. MARX

DARCY RIBEIRO es un antropólogo brasileño que se hizo conocido, primero, por sus estudios etnológicos sobre tribus indígenas de Brasil. Más tarde se dedicó a problemas educacionales y de organización universitaria y fue el primer Rector de la Universidad de Brasilia. Con motivo de su participación en el gobierno Goulart —como Ministro de Educación y Cultura y como Jefe de la Casa Civil de la Presidencia— tuvo que exiliarse en 1964 luego del derrocamiento de aquel gobierno. Trabajó desde entonces en Uruguay, Venezuela y actualmente en Chile, como profesor investigador del Instituto de Estudios Internacionales. Dedicase ahora a completar su serie de Estudios de Antropología de la Civilización de la cual ya publicó en diversas lenguas las obras: *El proceso civilizatorio* y *Las Américas y la civilización*. A éstas seguirá próximamente la edición de *El dilema de América Latina* por Siglo XXI, de México.

I. PUEBLO, CLASE Y PODER

El estudio de la estratificación social latinoamericana ofrece grandes dificultades porque no se cuenta con una tipología adecuada ni con análisis sistemáticos o con datos estadísticos que permitan enfocarla con precisión. El procedimiento usual de los estudiosos es proyectar sobre la realidad latinoamericana la tipología de las clases sociales co-

*Este trabajo es parte de nuestro libro inédito: *El dilema de América Latina: Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, que próximamente editará Siglo XXI, México.

rrespondientes a la Europa del siglo pasado, atribuyendo validez universal a aquellos esquemas. Se habla así de burguesía, proletariado, campesinado y hasta de lumpen-proletariado para referirse a segmentos sociales específicos que sólo guardan alguna semejanza con aquellos. De esa forma, en vez de quedar aclaradas, se esconden las verdaderas características de la estructura de clase de las sociedades latinoamericanas y se induce a la expectativa de que ciertas categorías habrán de representar aquí el papel histórico que sus símiles desempeñaron en otras partes.

Es sabido que a cada formación económico-social corresponde una determinada estratificación social y que incluso dentro de una misma formación, en distintas etapas de su cristalización, varían las clases sociales. Marx, por ejemplo, habla de distintas estratificaciones según analiza la sociedad alemana o la francesa de su tiempo, porque ellas presentaban diferencias sustanciales en el grado de integración en las formas capitalistas de estratificación social. Con referencia a Alemania, Marx observa la presencia de cinco clases, a saber: la nobleza feudal, la burguesía, la pequeña burguesía, los obreros (agrícolas e industriales) y el campesinado (grande y pequeño, libre y servil). Respecto a la Francia de 1840, mencionaba 6 clases: latifundistas, burguesía (financiera, industrial y mercantil), pequeña burguesía, campesinos, proletariado y lumpen-proletariado. Es obvio que las diferencias tipológicas registran, en este caso, diferencias en las respectivas estructuras que Marx juzgó indispensable discriminar para comprender aquellas situaciones. Si esto ocurría respecto a esos países, con mucha más razón ocurriría en el caso de sociedades radicalmente distintas, como las latinoamericanas.

Lenín se vio también en la contingencia de desarrollar una tipología especial para la Rusia del período revolucionario. Por eso discrimina, además de una aristocracia entonces prácticamente vencida, una burguesía (destinada a desaparecer), una tecnoburguesía (que sobreviviría), un proletariado (en nombre de cuyos intereses se estructuraría la nueva sociedad) y un campesinado de *Kulaks* (virtualmente opuesto al nuevo orden) y de campesinos medios y pobres (cuya alianza podría ser alcanzada por el proletariado).

El análisis de cada situación concreta exigió de los clásicos del marxismo la elaboración de distintas tipologías que, registrando en cada momento histórico las configuraciones discernibles en la estratificación social, permitiesen diagnosticar sus oposiciones y sus complementariedades de intereses. Lo que estos y otros esquemas marxistas tienen de común es la noción de componentes diferenciados dentro

de las clases dominantes, representados en el caso de Europa por la aristocracia y por la burguesía; una oposición antagónica entre clases dominantes y subordinadas, así como la división de unas y otras en diversos segmentos, y la existencia de una clase oprimida cuya liberación supone una revolución social. En cualquier caso, traen implícita la necesidad de un estudio factual de las estratificaciones de clase que se cristaliza históricamente en cada situación particular.

La tipología que utilizamos en este estudio fue elaborada con ese espíritu. Es decir, en lugar de trasponer a América Latina esquemas desarrollados por el análisis de distintas situaciones históricas, buscamos elaborar una tipología fundada en la observación de la realidad y en el análisis de las clases de América Latina, a partir de la estratificación social registrada en las metrópolis ibéricas y del estudio de sus transformaciones posteriores. Nuestra tipología, aquí presentada en forma sumaria, no es más que un esquema de trabajo. Con todo, la suponemos más útil que las transposiciones corrientes y también más fiel al significado real de la teoría marxista de las clases sociales.

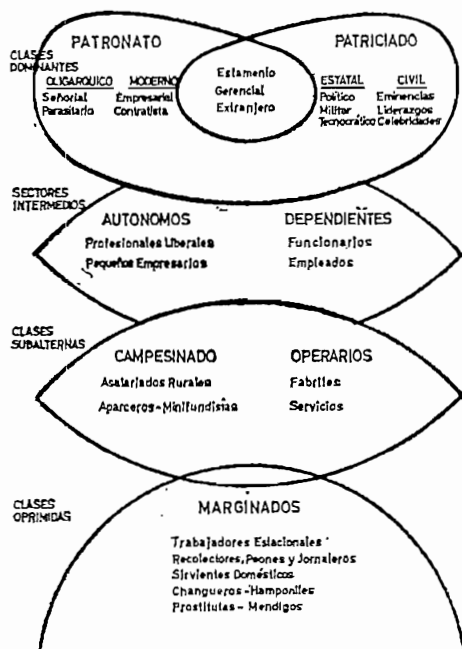
El diagrama siguiente procura reflejar los componentes fundamentales de la estratificación social latinoamericana tal como la vemos. Allí desdoblamos la oposición básica entre clases dominantes y dominadas en cuatro estratos superpuestos. Para cada uno de ellos indicamos los componentes distinguibles según su posición en el proceso productivo y en las situaciones de poder, a fin de discernir la capacidad relativa para ejercer influencia sobre la sociedad global de cada uno de estos conglomerados con intereses contrapuestos.

Nuestro diagrama busca indicar, además de los componentes de cada estrato, sus posiciones relativas y sus interpenetraciones. Es por eso que en la cumbre de la estratificación social situamos las clases dominantes con sus tres cuerpos: el *patronato* y el *estamento gerencial extranjero*, ambos ejerciendo funciones de explotación económica y el *patriciado* estatal y civil, cuyo poder proviene principalmente del desempeño de cargos.

Abajo, en la línea cruce entre las clases dominantes y las subalternas, situamos a los *sectores intermedios* compuestos por un grupo de *autónomos* formado por pequeños empresarios y por profesionales liberales y un grupo de *dependientes* constituido por funcionarios y empleados.

Vienen a continuación, las *clases subalternas* constituidas por dos cuerpos. El *campesinado* que comprende los asalariados permanentes de las empresas agropastoriles modernizadas, los minifundistas y los aparceros (medianeros y terceros) que son microempresarios del campo, capaces de firmar contratos de arrendamientos de tierras y de

Diagrama de la Estratificación Social Latinoamericana



comercializar directamente su producción en el mercado local y los artesanos rurales. Y los *operarios* de las fábricas y de los servicios (transportes etc.), comprendiendo la mano de obra regular y estable de las empresas modernas, públicas y privadas, nacionales y extranjeras.

La parte inferior y más amplia del rombo es el bolsón que abraza las *clases oprimidas* o infrabajos de los marginados, cuyo estudio es el principal objeto de este artículo. Las integran aquellas partes, a veces mayoritarias, de la población que tienen formas precarias e inestables de ocupación y viven en condiciones subhumanas de pobreza e ignorancia y de exclusión respecto a las instituciones nacionales. Su verdadero carácter es el de un contingente excedente en relación al sector modernizado del sistema ocupacional. Representantes de este estrato inferior de la estratificación social se encuentran distribuidos tanto en el campo como en la ciudad; en las áreas de antigua ocupación —deterioradas y renovadas— y en las nuevas, como pioneros de las fronteras de expansión agrícola y pastoril en regiones aún despobladas.

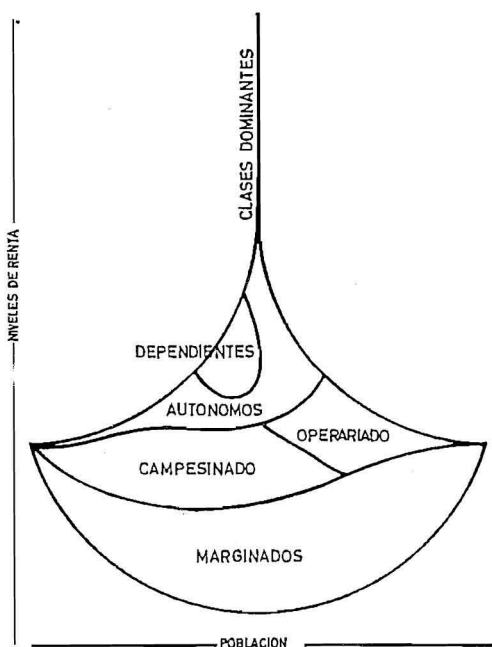
En las ciudades están representados, entre otros, por los “changadores”, vendedores ambulantes, cargadores, jornaleros de servicios eventuales y subalternos, obreros esporádicos de empresas precarias, sin empleo fijo ni sindicato, y por las empleadas domésticas, lavanderas,

prostitutas pobres y mendigos. En las zonas rurales comprenden los trashumantes o trabajadores estacionales que sólo consiguen ocupación remunerada durante algunos meses al año, para lo cual son transportados a grandes distancias y dedicados a la tala de árboles, limpieza de los campos, siembra y cosecha. Por sus precarias condiciones de vida, caben asimismo en esta categoría, los trabajadores de industrias extractivas, tales como las colonias de pesca basadas en técnicas rudimentarias, las minerías o *garimpos* y también quienes laboran en las salinas y en la recolección de productos forestales como el caucho, las fibras y maderas raras, las especias, las nueces silvestres, etc.

Patrones de riqueza y pobreza

El monto poblacional y los niveles de renta de los diversos componentes de estos estratos son los más contrastantes. Aunque resulta imposible una cuantificación precisa de los mismos, existen evaluaciones que permiten un cálculo aproximado por lo menos con respecto a la población brasileña. Estudios de Celso Furtado (1968) y de Luciano Martins (1968) indican que en la estratificación social de Brasil la cabeza

Representación de las clases sociales por niveles de renta



del sistema —formada por las clases dominantes con sus componentes patronal, gerencial y patricial— engloba cerca del 1% de la población y absorbe cerca del 30% de la renta nacional. El cuello compuesto por los sectores intermedios comprende aproximadamente el 9% de la población y absorbe el 20% de las rentas. Las clases subalternas que comprenden los contingentes de obreros y campesinos integrados al sistema económico, engloban posiblemente el 30% de la población y el 30% de la renta. Y en fin, los sectores marginados abarcan cerca del 60% de la población y absorben el 20% de la renta total.

Los datos divulgados por Furtado y por Martins permiten verificar que los 900 mil brasileños del tope se apropian de una porción de la renta generada, una vez y media mayor que la de los sectores infra-bajos de los marginados que suman 54 millones de habitantes.

Otra evaluación hecha por Maria da Conceição Tavares y José Serra (1971) reproducida en el cuadro siguiente, confirma aquellas apreciaciones. Demuestra que, de 1960 a 1971, aumentaron enormemente las diferencias de ingreso en favor de los superricos cuya renta anual per capita saltó de 8.400 a 12.000 dólares, mientras la de los sectores subalternos se mantuvo estacionaria (200 dólares) y la de los marginados deterioró en términos relativos: 90 a 100 dólares per capita al año.

Apreciados en términos de capacidad adquisitiva, esos números indican que los tres estratos superiores, correspondientes al 20% de la población que constituye el mercado moderno, experimentaron un aumento de cerca de doce mil millones de dólares en su renta anual entre 1960 y 1970, mientras que los 80% restantes tuvieron, en el mismo período, un aumento de tres mil millones de dólares a ser dividido entre 75 millones de personas.

Estos estratos forman, como se ve, dos mercados distintos; uno de ellos minoritario, pero con elevado nivel de consumo, proveído por la industria moderna productora de bienes suntuarios que ocupa los sectores más calificados y mejor remunerados de la fuerza de trabajo. El otro, mayoritario, pero muy pobre, suplido por empresas anticuadas de baja rentabilidad que ocupan trabajadores menos calificados, pagan sueldos irrisorios y raramente les aseguran las prestaciones sociales estatuidas por la ley. Uno y otro hacen parte de un sistema social único porque organizan la producción y el consumo de una misma población, enmarcada dentro de la estratificación de clases de una misma sociedad, y también porque los lucros generados en el sector más pobre se filtran hacia el superior, contribuyendo a su expansión.

Esta estructura socioeconómica que da lugar a los mayores contras-

tes de riqueza y pobreza no constituye una novedad. Apenas reitera, en términos modernos, una característica básica de las economías dependientes generadas en el curso de procesos de incorporación histórica: la de ser capaz de crear y expandir empresas prodigiosamente prósperas, pero incapaces de generalizar esa prosperidad a toda la población, lo que da lugar a sociedades crudamente desigualitarias. Lo que tiene de nuevo esa estructura es la característica de tecnificarse a través de un núcleo moderno y dinámico el cual, al no necesitar ocupar toda la mano de obra puesta a su disposición, marginal la mayor parte de ella.

En el pasado, la fuerza de trabajo —en su calidad de proletariado externo productor de generos alimenticios o materias primas para mercados metropolitanos— estuvo siempre ocupada, excepto en los períodos de crisis o de transición de uno a otro tipo de producción. Fuera de esos períodos, requería el aflujo constante de nuevos contingentes de esclavos —y después de inmigrantes— porque consumía más gente de la que generaba internamente. Cuando la fuerza de trabajo —además de las funciones de un proletariado externo que subsisten hasta hoy aunque comparativamente reducidas— pasó a ejercer el papel de un proletariado nacional productor de bienes antes importados y de nuevos bienes para el mercado interno a través de procedimientos crecientemente mecanizados, se desencadena un proceso de desagregación que va tornando dispensable el aporte de la mayor parte de la mano de obra para el esfuerzo productivo. Los contingentes no integrados en la matriz productiva principal se ven así marginados hasta llegar a la condición de masa excedente.

Concepto de marginalidad

Fenómenos semejantes de marginalización de la fuerza de trabajo ocurrieron en fases históricas correspondientes a la que hoy vivimos del proceso de industrialización en las sociedades que crecieron por aceleración evolutiva o desarrollo autónomo. En aquellos casos sin embargo, se configuraron como “ejércitos industriales de reserva”, como “superpoblación relativa” o como “lumpen-proletariado” (C. Marx, *El Capital*, cap. VIII, XIII y XXIII). En el primer caso, la masa de desocupados cumplía la función de comprimir los sueldos por ser una oferta permanente de mano de obra. En el segundo caso, las poblaciones sobrantes fueron forzadas a inmigrar a ultramar donde constituyeron los “pueblos trasplantados”. En el tercer caso, tratabase aparentemente de un contingente desarraigado, entregado a una vida azarosa muy

DISTRIBUCION PROBABLE DEL INGRESO NACIONAL ENTRE LOS DIVERSOS
ESTRATOS DE LA POBLACION

	1960				1970			
	Población (miles)	%	Ingreso us\$ per capita	%	Población (miles)	%	Ingresos us\$ per capita	%
Super alta	700	1	8.400	28	900	1	12.000	30
Alta	2.800	4	1.200	16	3.600	4	2.000	20
Media	10.500	15	420	21	13.500	15	600	22,5
Baja	21.000	30	200	20	27.000	30	200	15,0
Infra-baja	35.000	50	90	15	45.000	50	100	12,5
	70.000	100		100	90.000	100		100,0

Fuente: María da Conceição Tavares y José Serra, 1971.

próxima a la criminalidad que fue siendo reducido numéricamente en la medida en que el sistema lograba integrar la mayoría de la población en las actividades productivas. En los tres casos se trataba de los efectos traumatizantes de una renovación en los procesos productivos y de la consecuente reubicación de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, el sistema disponía de mecanismos autocorrectivos para controlar esos efectos.

Las masas marginadas de las economías dependientes, generadas por la incorporación histórica o modernización refleja, configuran un caso aparte. Aunque sufran, en condiciones todavía más graves, los efectos traumatizantes de la renovación de las actividades productivas, no se benefician de aquellos mecanismos autocorrectivos. Ellas no son "ejércitos de reserva" porque no llegaron a ser reclutadas en la fuerza de trabajo de la matriz tecnificada del sistema, y no tienen perspectiva alguna de ser absorbidas mientras prevalezca la ordenación social vigente. No son también un "lumpen-proletariado", aunque existan dentro de las masas marginadas grandes contingentes de vagos degradados por las condiciones de existencia a que son sometidos. Tampoco forman "superpoblación relativa" porque no se les ofrece cualquier oportunidad de inmigración masiva. Y sobre todo porque, en ese caso, difícilmente se podría hablar de un excedente de población debido a una desproporción entre la masa de habitantes y los recursos necesarios a la sobrevivencia, explotables según la tecnología disponible dentro del sistema socioeconómico vigente.

Sin embargo, su situación se aproxima más a la aludida por el concepto de "superpoblación relativa" que al de "ejército industrial de reserva". Hasta se puede decir que constituyen una exacerbación de esta condición que pone en evidencia la contradicción clasista entre los intereses de la población y los de las clases dominantes. En efecto, al formar la mayoría de la población de países escasamente poblados que disponen de enormes áreas de autocolonización, su marginalidad no es producto de un desequilibrio entre el tamaño de la población y los recursos disponibles, sino de una contradicción entre los intereses populares y los de la ordenación social regida por una minoría privilegiada.

Esta situación se creó porque jamás ocurrió en América Latina una verdadera ruptura con la dependencia y, por lo tanto, con la condición de proletariado externo de su fuerza de trabajo, que trajera aparejada una reordenación social que lo configurara como un pueblo que existe para sí. En esas circunstancias, a las deformaciones sociales provenientes del período colonial se sumaron nuevos factores traumatizantes acarreados por la modernización refleja de los sectores productivos, por medio de la nueva incorporación histórica realizada a través de la industrialización recolonizadora. O sea, las clases dominantes, al renovar el sistema productivo de acuerdo con sus intereses de asociados internos de la dependencia externa acabaron por crear y consolidar una estructura socioeconómica tanto o más hostil a la mayoría de la población, que la estructura colonial.

En sus desdoblamientos más recientes, ya en el cuerpo de la civilización emergente, ese proceso genera más marginados que integrados, más subempleo y desempleo que condiciones estables de trabajo por excluir crecientes porciones de la fuerza de trabajo del sistema modernizado de producción y de consumo. En consecuencia, condena la mayoría de la población a una existencia miserable y humillante que corresponde a su posición regular en la estructura socioeconómica y en la estratificación social, configurando la clase oprimida a que se refiere Marx.

Tales son las masas marginadas. Ellas parecen sobrevivir por milagro. Nadie se explica cómo subsisten económicamente con la renta que perciben. Las tasas de mortalidad infantil y general que experimentan son pavorosas y el hambre crónica que padecen es evidente para todos. Sobreviven, no obstante, y más aún, crecen, tanto en números absolutos como en porcentaje sobre la población total. Esta capacidad de subsistir se debe en parte a las propias características de las regiones tropicales que por no exigir vivienda defendida contra el

frío, ni ropas que abriguen, ni zapatos, ni una alimentación especialmente rica en proteínas, permiten la subsistencia en condiciones de penuria extremada que serían fatales en otros climas. Mas no explica totalmente la causa de esto, incluso porque existen contingentes marginados en países de clima templado, como Chile, Argentina y Uruguay.

En las áreas rurales las masas marginadas se concentran principalmente en los núcleos económicamente decadentes, sumergidos en un enfeudamiento regresivo y en las áreas de minifundio atomizado, donde sobreviven en base a una economía natural. La tecnificación de las actividades agrícolas y la constante incorporación de tierras al sistema productivo moderno las van expulsando progresivamente hacia los alrededores de las villas y pequeñas ciudades. Allí se concentran en *comunidades detritarias* formadas sobre todo por trabajadores "trashumantes" donde, en verdad, quienes viven permanentemente son los viejos —ya desgastados en labores de las haciendas— y los niños dejados atrás por los padres que salen en busca de trabajo. Subsisten, principalmente, a costa de expedientes precarios tales como la eventualidad de un trabajo ocasional de limpieza a cambio de un plato de comida; la remesa esporádica de recursos por parientes que están empleados en las ciudades; las más penosas formas de mendicidad y prostitución. La leche en polvo distribuida gratuitamente por instituciones oficiales o privadas de caridad y la sopa dada a los niños en las escuelas públicas tiene enorme importancia para esta población, por ser, muchas veces, la comida más sustancial con que cuentan.

En las ciudades, la mayoría de los marginados sobrevive a través de mil modalidades de interacción económica que establecen entre sí y con los integrados al sistema. Entre sí, en tareas simples como la construcción de sus precarios ranchos que constituyen, no obstante, la única arquitectura que atiende de hecho a la mayoría de la población; en el trabajo eventual en microempresas que producen y venden la ropa que usan, los artículos alimenticios que consumen y algunas manufacturas que sólo se venden en el mercado de los marginados. En su interacción con los integrados en la matriz del sistema, las relaciones económicas se establecen a través del alistamiento de los hombres en los sectores menos calificados y peor pagados de la fuerza de trabajo como son los asalariados de pequeñas industrias anticuadas, de empresas artesanales y de talleres de reparación; como los obreros de la construcción civil, los vendedores ambulantes, los cargadores eventuales, los jornaleros o peones para cualquier servicio subalterno. Las mujeres se alistán principalmente como empleadas domésticas, lavanderas, costu-

reras pobres o se dedican a la prostitución. Los niños trabajan como pequeños limpiabotas, vendedores de diarios, de frutas, comidas o dulces caseros y otros artículos de fácil colocación. Los viejos se ocupan también en el microcomercio urbano como vendedores ambulantes, recolectores de botellas, de papel usado, o en la limpieza y vigilancia de carros, en la mendicidad y en el rastreo de la basura; se alistan en el comercio precarísimo de las mismas áreas marginales donde se vende y se cambia toda suerte de desechos; y aún plantan microconucos y crían gallinas, chivos y cerdos, o fabrican pequeños objetos artesanales en los barrios lejanos donde se alojan.

Aunque la extrema miseria sea la condición existencial de las masas marginadas, también entre ellas se observa cierta estratificación de rentas que permite, a algunos, contar con una suma un poco mayor de recursos, provenientes de migajas sacadas de los demás. Así es como en las aglomeraciones de marginados vemos algunos tipos que exhiben patrones de consumo algo más altos. Esto se explica por la referida jerarquización interna y por otros factores tales como los resultantes de la propia anomia en que están sumidos. Al no estar organizados en familias "regulares" sino en unidades matricéntricas formadas en torno de mujeres que tienen hijos de maridos sucesivos; ni estar en el deber de distribuir sus escasas rentas para atender a preocupaciones por mantener las apariencias en cuanto a la vivienda, la ropa o los gastos de la educación y la salud de los hijos, pueden proporcionarse la adquisición "suntuaria" de radios, relojes e incluso televisores y refrigeradores, casi siempre de segunda mano, posesiones que contrastan visiblemente con la falta en sus ranchos de muebles o de utensilios para cocinar y comer. La posesión de aquellos bienes hiere duramente la sensibilidad de la clase media y confirma sus estereotipos acerca de las capas marginadas a quienes ven como reductos de criminales, ladrones, prostitutas y vagos que se dan lujo y confort desproporcionados.

Participación política

Las disparidades no podrían ser mayores, sobre todo entre las situaciones de vida de una pequeña minoría superprivilegiada y de la inmensa mayoría marginada. Es evidente que tal desigualdad sólo puede ser mantenida porque fue generada a lo largo de siglos por el sistema y tiene la capacidad de persistencia peculiar de los productos históricos. Y especialmente porque los sectores desheredados están estrictamente subordinados a una ordenación social armada de fuerzas represivas que mantienen intocada la estructura social. En estas circunstancias, la na-

ción no llega a ser el cuadro dentro del cual se cumple el destino de todos sus miembros y en cuya ordenación cada sector ejerce cierta influencia, sino un reducto de privilegiados defendidos por una estructura de poder que se impone a todos y que se empeña en no abrirse jamás al examen, a la crítica y a la reformulación. En consecuencia, más desigualitaria que la distribución económica es la distribución del poder, o sea, el grado de influencia de cada sector estructural en la toma de decisiones que afectan el destino común.

Esta estructura de poder debe, por ello, ser caracterizada como una dominación oligárquica que opera a través de una ordenación socio-política regida por las clases dominantes (a través de sus élites dirigentes), que impone la supremacía de sus intereses a todos los demás sectores. Tal dominio es compartido, en cierta medida, por los sectores intermedios que actúan como un resorte entre las clases dominantes y las dominadas. Y se asienta sobre estas últimas formadas por las *clases subalternas* de obreros y campesinos integrados y subordinados al sistema, aunque crudamente explotados y por el bolsón de las capas infra-bajas —los marginados del sistema— que constituyen de hecho, las *clases oprimidas*. Por carecer de modos para superar la condición de masa —ni siquiera para alcanzar las formas más elementales de organización interna en defensa de sus intereses— estos contingentes marginados no llegan a constituir parte del pueblo como entidad política. Son por esto las clases virtualmente insurgentes contra un sistema institucional en el cual no tienen lugar ni papel.

Examinando esta estructura social en el plano político, se observa que dentro de la clase dominante pueden distinguirse un contenido patronal y otro patricial que, aunque se disputan la distribución de la riqueza y del poder, están acordes en la defensa del régimen y se contraponen monóticamente a los demás estratos sociales. Ambos actúan en estrecha asociación con el estamento gerencial extranjero que es, como veremos, el componente más dinámico de las clases dominantes y su sector predominante.

Los sectores intermedios se oponen más a los estratos inferiores que a los superiores, sin identificarse netamente con ninguno de ellos. Los caracteriza una conducta ambivalente de gente que espera ascender (o al menos representar) al estado de la capa dominante, pero que se siente frustrada a causa del rechazo de sus reiterados esfuerzos por alcanzar o ver reconocidas aquellas pretensiones. La propia posición intersticial de los sectores intermedios situados entre las clases dominantes y las subalternas trae aparejada las dos características responsables por su conducta política. Primero, la ambivalencia de intereses

que algunas veces se confunden con los de las capas altas y otras con los de las inferiores. Segundo, su composición social heterogénea.

En efecto, las clases dominantes tienen una homogeneidad interna que sobrepasa las diferencias de riqueza y de prestigio permitiendo que sus miembros se identifiquen fácilmente los unos a los otros. Las clases subalternas y las oprimidas tienen también, en sus respectivos niveles, cierta homogeneidad que a cada una de ellas permite reconocer sus integrantes sin posibilidad de error. No ocurre lo mismo con respecto a los sectores intermedios que engloban personas de las más variadas condiciones sociales. Entre sus miembros se incluye desde la alta burocracia pública hasta los humildes empleados de empresas privadas; desde profesionales liberales prósperos hasta modestos trabajadores autónomos, además de la amplia escala que va desde los pequeños empresarios enriquecidos a la *lumpen-burguesía* del micro comercio de las áreas marginadas.

Aquella ambigüedad de intereses y esta heterogeneidad de condiciones no permiten tratar a los sectores intermedios como una clase social, sino más bien como un extracto intersticial tendiente a actuar políticamente en las formas más contradictorias. Es decir, servir de sostén a movimientos y organizaciones opuestas y actuar, ya como agentes de represión más odiosa, o también, con frecuencia, como revolucionarios radicales y consecuentes.

Estas características contradictorias inspiraron toda una sociología conformista que busca transferir a ciertos sectores intermedios —en tanto que agentes de la modernización y aspirantes a la ascensión social a través de mecanismos de tamización por mérito— el papel protagónico atribuido por los marxistas al proletariado. Ese papel no sería naturalmente el de hacer la revolución social, sino el de consolidar el sistema capitalista mediante la implantación de regímenes republicanos con amplias bases de participación popular.

Aunque a su pesar, los sectores intermedios actúan casi siempre como fuerza de sustentación del *statu quo*. Eventualmente se alían a grupos políticos de carácter progresista, identificados con los intereses nacionales e incluso con los de las capas subalternas (operarios y campesinado), siempre que no corran el riesgo de ser confundidos con ellas. De un modo general, propenden a identificarse con los partidos patriciales —y también con los populistas— porque ven en la política, de modo muy realista, un mecanismo de ascensión social como clientela de algún poderoso distribuidor de favores públicos. También en este aspecto el sector intermedio es ambiguo porque, sintiéndose frustrado en sus esperanzas de integrar alguna clientela

patricial o populista, se adhiere en forma oportunista a gobiernos autocráticos que lo atraen con promesas de adopción de criterios de mérito para el reclutamiento de los funcionarios públicos, o manifestando la disposición de disciplinar las clases subalternas. Su preocupación permanente es calificar sus hijos, a través de la educación contando realizar por medio de ellos sus aspiraciones de ascenso social.

Las clases subalternas de obreros y campesinos, comprimidas entre el sector intermedio y el infrabajo de los marginados, tienden también a una conducta pendular, marcada por sus ilusiones de ascender socialmente y por el temor de sumergirse en la marginalidad de la cual muchos de sus miembros escaparon recientemente. El operario, sin embargo, es más consecuente en su actuación política, basada en una actitud francamente antipatricial que consigue expresar porque, viviendo en las ciudades, no está sujeto al control electoral del patronaje. Tiende a apoyar la política sindical de los líderes reformistas o, de preferencia, la de los gobiernos autocráticos siempre que éstos prometan alguna equidad frente a los patrones y alguna satisfacción inmediata a sus reivindicaciones económicas.

El campesino y el asalariado agrícola, por sus condiciones de vida y de trabajo, se diferencian uno del otro como tipos sociales y como perfiles psicológicos. El primero se aproxima al artesano debido a su relativa autonomía; el segundo, al obrero fabril, por su sujeción a una estructura más amplia. El campesino, en la calidad de propietario de un minifundio, arrendatario, aparcerero o miembro de una entidad comunal opera en grupos familiares cuyo objeto es, en esencia, asegurar su propia subsistencia. En base a un mínimo de división de trabajo, produce para su consumo y negocia él mismo, el menguado excedente que lleva al mercado. El asalariado agrícola integra un contingente de trabajadores contratado por una empresa cuyo objeto es obtener ganancias a través de la producción de mercancías. Operando sobre la base de sistemas complejos de división del trabajo, cada trabajador sólo contribuye parcialmente a la obtención del producto. El campesino es, en consecuencia, más individualista, mientras que el asalariado agrícola desarrolla mayor espíritu de sociabilidad y una clara noción de la mutualidad de sus intereses como categoría social diferenciada.

Uno y otro están integrados en el sistema: el asalariado agrícola por su incorporación a la fuerza de trabajo permanente de las haciendas; el campesino porque, teniendo acceso a la tierra —como minifundista o arrendatario— puede proveer sus sencillas necesidades a través de una economía de subsistencia, excéntrica a la agricultura

comercial, pero que le ofrece un mínimo de excedentes para la venta. En virtud de estas escasas, pero significativas ventajas, ambos escapan a la condición de marginalidad.

Como se ve, el campesino no pertenece a la categoría de "trabajador libre" sino a la de microagente económico autónomo. Esa autonomía, sin embargo, lo convierte en una fuente de mano de obra barata porque puede subsistir por sí misma, y de la cual los empresarios agrícolas siempre disponen cuando necesitan de *braceros*. Por eso los dejan sobrevivir como apéndices de las grandes haciendas. La combinación de esta autonomía precarísima con la eventualidad de un trabajo remunerado perpetúa las condiciones de vida del campesino y del asalariado agrícola. Al primero no le brinda la posibilidad de incorporarse a los contingentes de trabajadores permanentes de las haciendas porque éstas no pueden absorberlos. Al segundo lo relega a un patrón de extrema miseria porque cada vez que la economía necesita de más mano de obra, cuenta con aquella reserva temporalmente movilizable. El campesino y el asalariado rural sólo se *proletarizan* cuando caen en la condición de marginalidad. Es decir, cuando despojado uno de tierras propias o arrendadas, o despedido el otro de su empleo regular, pasan a ensanchar las amplias capas de trabajadores volantes, transformados en excedentes con relación al sistema.

La conducta política del campesinado, aunque no lo quiera, es intrínsecamente conservadora en razón de sus condiciones de existencia. Los asalariados agrícolas, a pesar de estar tan atentos como el operario urbano en lo referente a sus reivindicaciones salariales, se ven reducidos a la apatía debido a su total dependencia frente a los capataces de las haciendas, cuyo poder despótico sobre sus empleos, sus viviendas, sus familias y hasta sus propias vidas, representa una constante amenaza de marginalización. Peor aún es la situación de los aparceros, cuya dependencia es absoluta respecto a los patrones que les arriendan las tierras, de cuyo amparo necesitan vitalmente para disponer de relativa autonomía y guardar un mínimo de dignidad frente a las arbitrariedades de los capataces y de la policía. Por estas mismas razones es que los asalariados agrícolas y los campesinos, que constituyen la mayoría del electorado del campo, garantizan las votaciones masivas de los partidos patriciales e incluso de los grupos más reaccionarios de esos partidos. Actúan, paradójicamente, como el sustentáculo y la base de la legitimación de la república hacendada, de la cual son víctimas más directas.

Los enormes contingentes marginados del campo y de la ciudad,

generalmente analfabetos, no alcanzan las condiciones mínimas exigidas en la mayoría de las naciones latinoamericanas para el ejercicio de la ciudadanía a través de la calificación como electores, por lo que no participan de la vida política, en la medida en que ésta se realiza por medio de elecciones. Participan, sin embargo, activamente, en ciertas circunstancias especiales. Es el caso de las manifestaciones de apoyo a liderazgos autocráticos-paternalistas para las cuales estas masas son a veces alistadas por agentes gubernamentales. Es el caso, también, de las bandas de saqueadores que actúan en los raros momentos en que se quebranta, episódicamente, el orden social. Otras formas de participación política de las capas marginadas son las insurrecciones mesiánicas o los cultos fanáticos en que expresan, en un lenguaje religioso arcaico, su rebelión contra la existencia que les imponen. Trátase, en todos los casos, de formas extralegales y no institucionalizadas de participación, encaradas como graves amotinaciones y frecuentemente reprimidas con violencia.

Presión y opresión

Donde persisten gobiernos constitucionales y un mínimo de garantías democráticas, tanto las clases dominantes como en menor grado los sectores intermedios y en proporción todavía menor, las clases subalternas (pero no las oprimidas) cuentan con organismos más o menos poderosos de presión sobre el poder público. Las clases dominantes, por medio de sus cuerpos patriciales, elaboran las directrices políticas de gobierno a través de un sistema de interacción de los partidos, los círculos militares, la representación de instituciones clasistas, eclesiásticas, judiciales, etc. Por medio de sus cuerpos patronales influyen decisivamente en la formulación de las directrices del sistema y dictan la política económica y financiera. Sus órganos representativos son las poderosas asociaciones clasistas defensoras de los intereses rurales, las bancarias, las comerciales y las industriales; así como la gran prensa, la radio, la televisión, rígidamente controlados por el patronato. Algunos cuerpos diferenciados del patriciado, tales como las eminencias de la magistratura, de la universidad, de la intelectualidad oficial y las celebridades artísticas y deportivas cuentan también con órganos y mecanismos propios de presión. Operan, con todo, dentro de límites estrechos, porque no tienen poder para influir en el régimen en sí y porque no aspiran más que a privilegios, favores y dignificaciones de orden personal.

Los sectores intermedios cuentan con una multiplicidad de asocia-

ciones gremiales y de colegios profesionales atentos a los intereses de su clientela política y a la defensa de sus prerrogativas. Eventualmente asumen posición respecto a los problemas generales referentes al destino nacional. Sin embargo, temerosos de sufrir represalias, raramente manifiestan hostilidad a las autoridades constituidas, a no ser cuando las clases dominantes los movilizan, mediante costosas campañas publicitarias, contra gobiernos progresistas acusados de izquierdismo.

Las clases subalternas, pese a estar vitalmente interesadas en la dinámica del régimen, tienen muy pocas posibilidades de influir en la fijación de sus directrices. El operario en general cuenta con organizaciones sindicales que además de la defensa de las reivindicaciones específicas de cada categoría profesional, cumple funciones intermedias ante los gobiernos en la discusión de la política salarial y para agenciar el apoyo a los partidos reformistas. Su única función reconocida, sin embargo, es la conducción y conciliación de los conflictos de clase, por lo que provocan las reacciones más hostiles por parte de las capas dominantes cuando se permiten extralimitarse en esa función, emitiendo pronunciamientos políticos, tal como lo hacen habitualmente las asociaciones patronales con la complacencia del gobierno.

El campesinado raramente dispone de organizaciones propias para la defensa de sus intereses y, cuando existen, son asociaciones de carácter más mutualista que sindical. Esta carencia se debe tanto a prohibiciones formales, cuanto al temor de los asalariados rurales y campesinos de que la identificación con cualquier órgano hostil a los señorios hacendados, les pueda causar más daño que beneficios. Sin embargo, donde prevalecen gobiernos populistas y reformistas, el campesinado se organiza en ligas y sindicatos. Las primeras congregan principalmente aparceros y propietarios de minifundios polarizados por su reivindicación básica que es el acceso a la tierra; los últimos, reúnen asalariados agrícolas para la defensa de reclamos salariales. En los dos casos surgen liderazgos opuestos a los caudillos locales y a los políticos patriarcales, los cuales, en los regímenes tradicionales, intermedian las relaciones del campesinado con los poderes públicos. Estos nuevos liderazgos provenientes de las ciudades que surgen con las ligas campesinas y los sindicatos rurales vinculan el movimiento campesino a las izquierdas confiriéndoles un carácter radical reformista.

El efecto de esa vinculación se hace sentir prontamente por el ascenso de las luchas campesinas que reivindican mejores salarios, a

través de huelgas; y la reforma agraria a través de invasiones de tierras, provocando una reacción hostil inmediata. Todos los agentes del orden sienten ensancharse la brecha que, a cierta altura, puede forzar tensiones estructurales y desembocar en una insurrección popular generalizada. Sobreviene, como ocurrió hace pocos años en Brasil, un golpe militar preventivo que aplasta el incipiente movimiento campesino y restaura el viejo orden.

Las capas marginadas no disponen de organización alguna de defensa de sus intereses, incluso porque su condición de trabajadores ocasionales siquiera les propicia una base física para formular reivindicaciones colectivas. Esta falta de organización y esta incapacidad de autodefensa de las masas marginadas hace que dentro de sistemas competitivos como lo son las estructuras sociales clasistas, ellas tiendan a ser, además de desheredadas, cada vez más expoliadas. Es así como en la disputa por la redistribución de la renta nacional, sus posibilidades de aumentar la ínfima porción que les cabe son prácticamente nulas en relación al poder de apropiación de las capas integradas en el sistema. En muchos casos los propios operarios, gracias a sus organizaciones sindicales, se capacitan no sólo para defender la parte que ya usufructúan sino para ampliarla desproporcionadamente, en perjuicio del campesinado y sobre todo de las masas marginadas.

Sus únicas formas de solidaridad son la ayuda recíproca entre familias o vecindades, su acercamiento a protectores que las amparen contra la violencia policial, o la apelación a organizaciones que propicien alguna asistencia de tipo caritativo. La combatividad personal, cuando existe, se manifiesta principalmente por medio del bandidismo rural o urbano y del fanatismo religioso. Estas formas extremas y anárquicas de contestación operan más frecuentemente contra sus iguales que contra el sistema. En esos casos, como ocurre en la invasión de terrenos baldíos, en los asaltos a mercados, recae sobre ellos la represión más violenta. Esta, cuando es ejercida contra las capas marginadas, por más brutal que sea, raramente es digna de la atención de los demás sectores sociales. Los marginales, en verdad, no son vistos ni tratados como gentes, son cosas o bichos cuyo asesinato sólo interesa al distrito policial para fines de registro, o a la prensa para reiterar la recurrencia del bandidaje como fenómeno típico del bajo mundo de las clases infrabajas.

Algunas formas de reacción frente a las capas marginales, registradas en los últimos años en Brasil, dan una medida del desprecio con que son enfrentadas y la brutalidad que contra ellas se ejerce.

Trátase de episodios divulgados por la prensa que sólo después de provocar un gran revuelo en la opinión pública internacional, merecieron alguna preocupación por parte de las autoridades brasileñas.

Tales fueron, primero, la campaña de exterminio físico, por ahogamiento, de millares de mendigos de la ciudad de Río de Janeiro, efectuada por la policía civil con el beneplácito del gobierno del Estado, o por lo menos, con la connivencia demostrada por los obstáculos que opuso a la denuncia. Segundo, la cruel cacería y asesinato de millares de "marginales" considerados criminales irrecuperables, que viene siendo perpetrada en las dos mayores metrópolis brasileñas por una organización semiclandestina —el *escuadrón de la muerte*— integrada por fuerzas policiales. Tercero, el exterminio de innumerables tribus indígenas por grupos de facinerosos armados por hacendados que buscan apropiarse de más tierras. En este último caso, la conmoción internacional contra esta forma de genocidio llevó al gobierno brasileño a anunciar medidas preventivas contra nuevas matanzas. Sin embargo, ninguno de los inculpados fue arrestado o juzgado, aun cuando se comprobaron documentadamente diversas masacres.

Estos episodios sólo se explican por el hecho de que las tres categorías de víctimas son clasificadas como "marginales", es decir, como seres dañinos cuya erradicación es considerada meritoria y cuyo sufrimiento no conmueve a nadie. El carácter brutal de estos crímenes, su impunidad y la relativa indiferencia de la opinión pública hacia ellos, demuestran que la distancia social entre ricos y pobres, y entre integrados y marginados produjo ya un debilitamiento de la propia solidaridad humana en el Brasil. Tal corrupción moral conlleva obviamente las más terribles consecuencias: mina las raíces mismas de la sociabilidad que hacen posible la existencia de una sociedad y la convivencia de sus miembros.

II. EL RETO DE LA MARGINALIDAD

La multiplicación de las masas marginadas y su concentración en las ciudades, grandes y pequeñas es considerada por las clases dominantes una desgracia y comúnmente explicada como una consecuencia del "éxodo rural" y de la irresponsabilidad de gente miserable que se permite reproducirse desmedidamente. A sus ojos constituye más una vergüenza que un problema la existencia de esa subhumanidad que atenta contra la dignidad de la ciudadanía decente al exhibir su fealdad, sus enfermedades y su miseria en grandes metrópolis orgulosas de su civilización.

La carencia de cualquiera organización política o gremial que represente las capas marginadas o de un vivo interés hacia ellas por parte de cualquiera institución es otra indicación de su carácter de contingente que además de no estar incorporado al sistema modernizado de producción, es excluido formalmente de la sociedad nacional. Estas masas, aunque mayoritarias en casi todas las naciones latino-americanas, son tratadas como si no existiesen, no sólo frente al mundo institucional que las ignora, sino incluso como contingente humano. Sus problemas, cuando llegan a preocupar a las autoridades, sólo las conmueven en la medida en que causen o puedan contribuir a causar disturbios. Son enfrentadas como una especie de plaga incómoda que sería deseable eliminar, aunque todos obtengan sustanciales provechos de su existencia. Tales son, entre otros, el privilegio de contar con sirvientes humildes y baratos, al alcance no sólo de los ricos sino también de las capas medias y hasta de los pobres integrados en el sistema. Y también los lucros obtenidos por empresas productoras de artículos de consumo popular que tienen en ellas mercado amplio y seguro.

La propia Iglesia Católica, pese a su ubicuidad, era hasta hace poco reacia y además hostil a las capas marginadas, aunque sólo fuera porque ellas escapan a su control, cultivando sectas heréticas y fanáticas. Los sacerdotes católicos, por su posición social y educación, no encuentran incluso un lenguaje adecuado para comunicarse con esas masas. Se puede decir por eso, que el más grande fracaso histórico de la Iglesia Católica en América Latina fue la pérdida del control que ejerció en el pasado sobre la totalidad de la población, por haber sido afectada también por la modernización refleja, volviéndose incapaz de actuar sobre las masas crecientemente marginadas. En ese entonces, una religiosidad arcaica que incorporaba a casi todos en hermandades de culto y de sepelio y cuyo calendario de fiestas era significativo para la población entera, incluso para los esclavos, dio lugar a un catolicismo ortodoxo de corte europeo que se distanció cada vez más del pueblo hasta perder control sobre él.

De hecho la Iglesia Católica sólo pudo regir la religiosidad popular como institución solidaria con la dominación oligárquica de la república hacendada, mientras persistió la hegemonía de ésta. Con la declinación de su poder sobre las poblaciones que se urbanizaron, decayó también la influencia de la Iglesia. El nuevo clero, más erudito, discutía brillantemente las tesis de los masones y de los positivistas, pero ya no tenía la influencia de antaño, a no ser sobre las clases medias. Así, la Iglesia ha visto los nietos de los fundadores

de sus antiguas *hermandades*, ganados masivamente por los cultos mesiánicos de inspiración católica y protestante, empero no más regidos por el clero; por los ritos afroamericanos que se multiplican en las ciudades propiciando mayor participación de los fieles en los actos del culto y unificándolos en agrupaciones más sólidas; y, finalmente, por religiones espiritistas que van desde el kardecismo de la clase media hasta las sectas compensatorias de la *Umbanda* o *Quimbanda*. Estas últimas congregan los afligidos de todas las clases para conjuros patéticos a fuerza demoníacas, pero alcanzan cuando son practicadas por los marginados, un carácter subversivo, porque se vuelcan ideológicamente no sólo contra la existencia a que están condenados, sino también contra la propia ordenación social.

Las izquierdas, incluso, ignoraban hasta hace poco estas masas marginadas, tenidas por los comunistas como un *lumpen-proletariado* aventurero y errático, tan consistentemente opuesto al "verdadero proletariado" que cualquier identificación con ellas importaría una traición a sus deberes de lealtad hacia los obreros. Tampoco se acercan a los sectores marginados los nuevos movimientos heterodoxos de izquierda. No sólo debido a la influencia que sobre ellos ejerce la ideología obrerista de la izquierda ortodoxa, sino también porque no encuentran canales de comunicación con esas capas, distintas de todas las superiores en su modo de ser, en su jerga, en su visión del mundo y en su actitud ideológica. Ellas son, como se sabe, los verdaderos parias, los "condenados de la tierra" y los desheredados del sistema. Ni por esto son identificados como los que nada teniendo que perder, estarían virtualmente llamados a la insurrección. De hecho, la incapacidad de las izquierdas para establecer comunicación con estas capas marginadas y sus dudas acerca de que puedan ser activadas para cualquier tipo de acción revolucionaria, lleva también a los movimientos revolucionarios a excluirlas de su horizonte de movilización política.

Insurgencia o genocidio

La característica más grave de las disparidades sociales, económicas y políticas que venimos examinando y que tienen su polo extremo en las masas marginadas, reside en que con la modernización refleja, que las sociedades latinoamericanas están experimentando, ellas sólo tienden a aumentar. En efecto, lejos de ser absorbidos por las diversas ramas de actividad económica, los contingentes marginales están en franco aumento, tanto en porcentaje como en números absolutos.

Ello se debe a que la modernización refleja al estar regida por la preocupación de ahorrar mano de obra, hace que la tecnificación de cada sector económico en el campo y en la ciudad resulte en la reducción de su capacidad de incorporarla al mercado de trabajo.

A partir del momento en que se tornó evidente que el sistema no es capaz de absorber estas masas marginales, ellas pasaron a ser vistas como "excedentes" y su existencia fue señalada como el más grave problema social latinoamericano. La verdad es que estas capas marginadas, aspirando nada más que a empleos regulares donde puedan obtener un modesto sustento, no deberían constituir ningún problema. Este reside de hecho, en la incapacidad del sistema para absorberlas y ocuparlas en la fuerza de trabajo. Como esta incapacidad conlleva el riesgo de que aquellas mismas simples aspiraciones activen a los marginados para subvertir un sistema que los excluye, las clases dominantes pasan a mirarlas con sospecha.

Lo que temen es esta amenaza de irrupción violenta, porque saben que es imposible integrar a las masas marginadas a la sociedad sin alterar sustancialmente la estructura de poder y la estratificación social.

Ya vimos, en el pasado, que problemas similares de marginalización de la fuerza de trabajo se presentaron a las naciones hoy desarrolladas. Ellas contaron, sin embargo, con algunos mecanismos eficaces de reducción de sus contingentes marginales como fueron la inmigración masiva subsidiada por el poder público; la matanza en guerras y la colonización de áreas vírgenes que al reducir su monto, permitió reubicar los remanentes en nuevas actividades. Al no disponer de tales válvulas de escape y experimentar un incremento demográfico aún más intenso, los países latinoamericanos se encuentran ante el desafío de enfrentar, por otras vías, los problemas provenientes del crecimiento caótico de sus ciudades y del aumento exponencial de sus masas marginadas. Y, al no ver perspectiva alguna de integrar esos contingentes a la vida nacional mediante su incorporación en el sistema con productores y consumidores, las élites dirigentes latinoamericanas y sus consejeros norteamericanos entraron en pánico.

Como remedio extremo apelan hoy a salidas desesperadas, como el recurso de la contención demográfica, artificialmente inducida por recomendación y mediante subsidios del gobierno de Estados Unidos. Sus portavoces justifican esta política en términos de sentimientos piadosos frente a la amenaza de hambre que fatalmente recaerá sobre las capas marginadas si ellas continúan creciendo al ritmo actual. Y de su disposición humanística a enfrentar "el mayor desafío

al género humano”, representado por la explosión demográfica que “...amenaza consumir nuestro progreso a medida que progresamos” (R. Kennedy). No es de creer que éstas sean sus verdaderas razones. Tanto más cuanto somos advertidos por otro portavoz norteamericano (Robert MacNamara) de que ...“en la última década ocurrieron 184 convulsiones sociales graves de las cuales apenas tres en países ricos”, mostrando indirectamente cuánto le preocupa el potencial revolucionario contenido en la marginalidad. Otro líder norteamericano argumenta contablemente: “cinco dólares gastados en el control de la natalidad son más rentables que cien dólares aplicados al crecimiento económico” (Lyndon Johnson en discurso a las Naciones Unidas). Tanto como estos juicios, merecen atención los motivos que llevaron a la Iglesia Católica a hacer la siguiente advertencia sobre una virtual amenaza de genocidio: “¿Quiénes impedirán mañana a los gobiernos favorecer y hasta imponer a sus pueblos el método anticoncepcional si ellos lo juzgaran más eficaz?” (Encíclica *Humanae Vitae*).

Las verdaderas razones que inspiraron esta política no están en el dolor de los ricos ante el hambre de los pobres, ni en el temor de la disyuntiva de que se vean eventualmente llamados a socorrerlos. Lo que los ricos temen es la amenaza de insurgencia de las masas marginales contra un sistema que las condena a la penuria. Viendo, de manera muy realista, que no tienen modos de alterar ese sistema, generador de marginalidad, sin afectar sus propios intereses invertidos en él, proponen atacar los síntomas en lugar de combatir la enfermedad. No teniendo cómo reducir el ritmo de incremento demográfico o aumentar la capacidad de incorporación de esas masas marginadas en la fuerza de trabajo *a través del desarrollo económico* —tal como ocurrió en sus propias sociedades— quieren resolverlo por otra vía, o sea, *en vez del desarrollo*. Para esto promueven y subsidian campañas de contención artificial de la natalidad en los países subdesarrollados y presionan a los gobiernos latinoamericanos para que las adelanten con intensidad creciente, como una condición inapelable para cualquier ayuda e incluso para que los países latinoamericanos obtengan tratamiento económico menos expoliativo, en el intercambio comercial.

Es del todo probable que si alcanzaran sus objetivos por medio de esas campañas (y ya se sabe que es impracticable, al menos mientras usen métodos meramente persuasivos como la distribución gratuita de píldoras anticonceptivas o el subsidio, estímulo y legalización del aborto), su consecuencia sería condenar los pueblos subde-

sarrollados a la eternización del subdesarrollo. Porque ese proceso de contención de la natalidad senilizaría su población, restando el principal impulso a la renovación que está en su juventud. En efecto, el resultado principal de la reducción artificial del ritmo de incremento demográfico sería la sustitución de una mayoría de dependientes potencialmente productivos formado por menores de 15 años que representan al 40 ó 45% de la población en casi todos los países latinoamericanos por una mayoría de dependientes improductivos, constituida por adultos de edad superior a 45 años. Es sabido que en los países subdesarrollados, este grupo estaría, ya desgastado, es irrecuperable para la producción. La solución salvadora propugnada por los norteamericanos contra la amenaza que la marginalidad representa para el sistema podría, como se ve, consolidarlo, si fuesen llevados a cabo genocidios programados tal como teme la encíclica papal. Pero el precio de esta consolidación sería, seguramente, la eliminación de cualquier perspectiva futura de desarrollo autónomo para los pueblos que la experimentasen.

La realidad es que, contrariando el deseo de todos, las masas marginadas crecen aceleradamente, tanto por la diferencia entre su alto ritmo de incremento y el bajo nivel de oferta de nuevos empleos, como también, desde hace algún tiempo, por el desplazamiento de sectores pobres pero integrados, que pasan a la condición de marginados. Esto viene ocurriendo en virtud de su incapacidad de acompañar los nuevos patrones de consumo de los sectores mejor incorporados al sistema. El "problema" se agrava más aún porque estas masas, además de crecer en número, se concentran espacialmente, formando conglomerados humanos de millones de personas, sobre todo a orillas de los grandes centros urbanos.

Así concentrados, los marginados de alguna forma se van homogeneizando y, probablemente, concientizándose respecto de su condición de parias. De ese modo, comienzan a alcanzar la condición necesaria para constituirse un día como un grupo social diferenciado, o sea, consciente de sí mismo, con formas previsibles de conducta y con capacidad de acción conjugada. Es decir, los temores tan temidos empiezan a tener razón de ser.

Mientras la miseria estaba escondida en las haciendas —dispersa por lo tanto en millares de micronúcleos— no sólo pasaba desapercibida, sino que era inconsciente de sí misma. Desconociendo patrones de consumo que no fuesen los suyos, podía mantenerse resignada y fatalista mediante técnicas ideológicas elementales. En los grandes conglomerados metropolitanos de marginados esto se hace cada vez

más difícil. Allí tienden a estructurarse nuevas ideologías más acordes con la realidad, basadas en la percepción de que la pobreza de los pobres no es una condena divina y de que no es natural ni necesaria; que existe porque otros se apropian de la parte que les debería caer. Cuando esta conciencia se torne más vívida, las capas marginadas se capacitarán, probablemente para crear organizaciones propias, legales o extralegales, como forma de expresar y de imponer sus reivindicaciones. Cumplirán así los requisitos necesarios para el ejercicio del papel de miembros que son de la sociedad. Sin embargo, como son componentes sociales excluidos del sistema, en cuyo cuerpo de instituciones representativas no encuentran abrigo, su propia organización como grupo para sí tenderá a provocar las reacciones más deseadas por parte de los privilegiados del sistema.

Los contingentes incorporados, que representan la minoría que consiguió insertarse en el sector modernizado responsable de las esferas más dinámicas de la economía nacional, temen cada vez más el crecimiento numérico de los excluidos. Al coexistir con los amplios sectores marginados, se van dando cuenta que tienen en ellos su *alterno*; de que no son ya la pobreza humilde y resignada del pasado, sino un contendor peligroso, un desafío crucial que deben capacitarse para enfrentar. En estas condiciones, la indiferencia hacia la suerte de los marginados podrá dar lugar a una actitud de hostilidad activa que permitirá el tránsito de las campañas persuasivas sobre la planificación familiar y de las cacerías de criminales o matanzas de mendigos hacia el genocidio programado.

Marginalidad estructural

Conforme vimos anteriormente las masas marginadas no son reservas de mano de obra. Son excedentes de la fuerza del trabajo que el sistema productivo modernizado no consigue incorporar. En ese sentido, no son desempleados porque no son empleables. Sin embargo, como consiguen subsistir, aunque precariamente, por sus propios medios, esto indica que alcanzan cierta interacción económica con el sistema. Su verdadera condición social es, por lo tanto, la de componentes estructurales y hasta mayoritarios de la sociedad, oriundos de formas arcaizadas de vida social que el nuevo sistema productivo no es capaz de absorber.

Bajo el prisma de los integrados en el sistema, los marginados son sobrantes toda vez que las actividades que desempeñan, por su irrelevancia económica, parecen dispensables y los bienes que consu-

men poco representan en el conjunto del mercado. Sin embargo, desde el punto de vista de la sociedad nacional de la que unos y otros forman parte, los marginados merecen tan legítimamente como cualquier otro sector el título de componentes. Y más aún, porque frecuentemente constituyen la mayoría de la población y porque siendo originarios de los estratos más antiguos de la etnia nacional, son más auténticamente nativos que otros sectores, como los descendientes de inmigrantes, por ejemplo, que por regla general se integran rápidamente al sistema.

Cualquier análisis demuestra que esa situación surgió en el curso de un proceso histórico común que produjo tanto los contingentes integrados como los marginalizados. Demuestra, asimismo, que estos últimos, pese a las duras condiciones que enfrentan, no sólo persisten sino que crecen numéricamente. En caso de que su incorporación estuviese en marcha o fuese previsible en algún tiempo, se trataría de una transición entre dos formas de estructuración social; una anticuada en proceso de extinción, otra moderna, en expansión. Como ello no ocurre —toda vez que el sistema al modernizarse genera más marginados que integrados—, tropezamos con una situación traumática indicativa de la anormalidad estructural de una ordenación social que no está capacitada para corregir las formas de disociación que genera.

Desde ese punto de vista, no son los marginados quienes constituyen la anomalía, como sería el caso si ellos se opusiesen a participar en la vida nacional por ser un quiste no asimilado; o si fuesen incapaces de ejercer cualquier actividad en el sistema productivo. Como lo que ocurre es lo contrario, sólo se puede concluir que la carencia y la enfermedad residen en la estructura de un sistema socioeconómico que opera con criterios de conscripción y explotación de la fuerza de trabajo, pero no es capaz de reclutar y explotar toda la masa puesta a su disposición, a no ser a través de formas arcaicas de interacción económica que condenan la mayoría de la población a una condición de marginalidad.

En esas condiciones, el símil del quiste cabe mejor al sector incorporado que se desarrolla dentro del cuerpo social a expensas de la sustancia de éste. Queda por saber —y aquí está el problema— si los sectores integrados se comportarán como un parásito incrustado en un huésped que morirá cuando aquél madure; o si se alcanzará a devolver la salud al organismo fundiendo los dos cuerpos antagónicos en una unidad. Tal como el proceso viene cumpliéndose, a medida que el sistema se desarrolla, propicia condiciones de vida cada vez más satisfactorias a los sectores integrados. Pero, al mismo tiempo, amplía

el número de los excluidos y los condena a una pauperización relativamente mayor, profundizando, en lugar de atenuar, el antagonismo.

Generándose a través de ese proceso de formación, las sociedades nacionales latinoamericanas no surgen como comunidades humanas integradas, sino como un subproducto no esperado y hasta indeseado de sistemas productivos destinados a suplir mercancías exportables y generar lucros pecuniarios. Cuando las respectivas poblaciones crecieron y maduraron para la regencia de su propio destino, el esfuerzo principal de las clases dominantes fue orientado en el sentido de adelantarse al movimiento de emancipación para organizar la independencia como un proyecto propio, dirigido a mantener los mecanismos de reclutamiento de la mano de obra utilizados durante siglos y seguir produciendo las mercancías exportables que posibilitaron los vínculos económicos externos generadores de sus ganancias.

En tanto estructuradas como formaciones colonial-esclavistas y después neocoloniales, exportadoras de productos primarios, las naciones latinoamericanas experimentaron varias crisis económicas, sobre todo cuando ciertos sectores (como el minero) entraron en colapso, o cuando surgieron nuevas áreas productivas (como los ingenios de azúcar del Caribe) que desalojaron a antiguos proveedores del mercado mundial. En esas ocasiones, la rama del sistema productivo que estaba en crisis liberaba grandes contingentes de la fuerza de trabajo y las poblaciones que permanecían en estas áreas en receso se "enfeudaban" sumergiéndose en una economía natural de subsistencia. Conseguían así sobrevivir y hasta vivir mejor porque producían lo que consumían, experimentando mayor ritmo de incremento demográfico.

Al implantarse nuevos núcleos productivos, dinamizados por un nuevo ciclo económico, estas mismas poblaciones estuvieron nuevamente listas para integrarse en el sistema como su fuerza de trabajo según distintas formas de conscripción. Incluso en esas oportunidades, sólo episódicamente ocurrieron procesos de marginalización. Así sucedió luego de la Independencia, con la introducción de instituciones modernizadoras que desintegraron núcleos anteriormente incorporados según formas comunitarias de estructuración. Fue el caso, por ejemplo, de la promulgación de la legislación liberal que prohibió la propiedad comunal de la tierra, resultando de ello la desintegración de innumerables comunidades indígenas. Y también de las medidas tomadas después de la abolición de la esclavitud para absorber la masa que servía al trabajo en las haciendas. Los principales mecanismos utilizados para esa reabsorción fueron las campañas de represión contra los "vagos" y sobre todo la promulgación de leyes de tierras que

proscribían la legalización de la posesión de tierras sin dueño por las masas rurales, al mismo tiempo que estimulaban la expansión de los latifundios. De esta forma, los comuneros indígenas, disgregados o desposeídos, así como los esclavos negros liberados, volvieron a ser unidos al sistema, por fuerza de la disyuntiva en que se encontraban: optar por el trabajo en una hacienda o en otra hacienda igual; porque toda la tierra fue concedida notarialmente a los latifundistas. Es de observar que, con todo, estas mismas medidas cercenadoras miraban siempre a la utilización de la mano de obra existente, en lugar de su exclusión.

Sólo mucho más tarde se haría sentir el efecto marginalizador de aquella ordenación socioeconómica que consolidó y expandió el latifundio como la unidad productiva básica del sistema primario-exportador. Habiendo impedido la formación de una capa de granjeros libres (como la surgida en las Colonias de Poblamiento —Estados Unidos y Australia, por ejemplo—, las cuales garantizaron el libre acceso de los colonos a las tierras vírgenes) cuando sobrevino una nueva ola de modernización refleja producida por el segundo impulso de la Revolución Industrial, la disponibilidad de mano de obra no fijada a la tierra en condiciones de pequeños propietarios, dio lugar a un enorme éxodo rural y a una urbanización precoz y acelerada. A estos factores disociativos se sumarían otros cuatro, igualmente resultantes de la modernización refleja. El primero, provocado por la tecnificación de la agricultura que desaloja y transfiere para las ciudades grandes contingentes de la población rural no requerida para la producción. El segundo, promovido por la expansión de la producción pecuaria, que también expulsa de los campos a sus ocupantes humanos, principalmente a los pobladores de los núcleos productores de géneros alimenticios, porque necesita la tierra para el ganado. El tercero, generado por el crecimiento de los núcleos urbanos que, al ofrecer nuevas y mejores condiciones de vida y de trabajo, ejercen fuerte atracción sobre las poblaciones rurales subocupadas. El cuarto, representado por el ingreso masivo de inmigrantes, desalojados de sus países por procesos similares de marginalización, quienes absorben la mayor parte de las oportunidades de trabajo mejor remunerado y de ascensión social proporcionadas por la modernización refleja.

Todos estos factores, produciéndose simultáneamente o sucesivamente en las diferentes regiones, permitieron disponer de un contingente cada vez mayor de mano de obra que el sistema liberaba de las antiguas funciones, pero no podía incorporar en las nuevas. Se generó así, por un lado, un proceso de marginalización de la fuerza de trabajo y de

deterioro de sus medios de subsistencia; y, por otro, el crecimiento de un sector modernizado de la economía, estructurado en nuevas bases. Eso se explica, en parte, por dos características del tipo de industrialización que se implantó en América Latina. Primero, su tecnología relativamente avanzada y, como tal, ahorradora de mano de obra; segundo, el hecho de que es llevada a efecto como un mecanismo de recolonización, cuyo propósito es explotar un mercado interno cautivo, cada vez menos capaz de importar manufacturas, pero apto para generar lucros exportables todavía mayores, mediante la instalación de fábricas locales pertenecientes a las grandes corporaciones extranjeras. Como los lucros producidos por esta industrialización recolonizadora son remitidos en gran parte hacia el exterior, dejando de acumular capitales aplicables en el ensanchamiento de la economía local, ésta se atrofia y deforma al punto de generar como principal subproducto, la marginalidad.

Así se constituyó y se consolidó una estructura social constrictora del crecimiento de una economía nacional homogénea y del desarrollo global de la sociedad. La causa fundamental de esta constrictión está en la estrechez del proyecto de las clases dominantes que rigieron y sucesivamente modernizaron la ordenación socioeconómica por la vía de la actualización o incorporación histórica, renovando y consolidando la dependencia y, con ella, el subdesarrollo porque ello correspondía a sus intereses clasistas. No es de admirar, pues, que esta misma clase dominante hoy despectivamente mire a las masas marginadas, buscando inculparlas de su fracaso.

Deshecha la mixtificación, se verifica que los verdaderos obstáculos para el desarrollo pleno y autónomo y para la integración de las sociedades latinoamericanas en la civilización industrial, residieron en el condicionamiento secular de la vida nacional a los intereses de las capas dominantes, cristalizados en la estructura de poder; y, más recientemente, en su recondicionamiento, a través de la industrialización recolonizadora en curso.

De hecho, la capacidad de incorporación de la fuerza de trabajo adicional por parte de una estructura económica (que corresponde a la capacidad de autointegración de la sociedad global) es determinada, en último análisis, por los intereses que rigen su ordenación social. Es decir, las decisiones de las clases dominantes dictadas por sus ambiciones de enriquecimiento y usufructo del poder, establecen los límites dentro de los cuales una estructura así creada incorpora la totalidad de su población a todas las esferas de la vida nacional y le da acceso a los beneficios de la civilización de su tiempo.

El desencadenamiento de nuevas revoluciones tecnológicas necesariamente impone transformaciones radicales en los sistemas de conscripción de la población al trabajo. Al principio, desorganiza los sectores arcaizados, generando temporariamente contingentes sobrantes hasta que se crean mecanismos para reubicarlos en el sistema emergente. Tal ocurrió según vimos en los primeros tiempos de la Revolución Industrial que al expandirse por Europa, fue paulatinamente desalojando de sus antiguas ocupaciones los contingentes rurales de cada país para lanzarlos a las ciudades, primero como trabajadores "libres" ofrecidos a la industria como un ejército industrial de reservas, después como una "superpoblación relativa" obligada a emigrar o ser desgastada en guerras interimperialistas.

El mismo proceso de "proletarización" está ocurriendo ahora en América Latina, cuyas poblaciones rurales son también expulsadas del campo por la modernización de las empresas agrarias, además de otros factores, y lanzadas a las ciudades donde se acumulan como marginadas. No se trata, con todo, de la repetición de un proceso idéntico, debido a una serie de características peculiares a cada uno de ellos. Entre otras, en el primer caso, la enorme capacidad de absorción de mano de obra por parte de la industria en sus fases iniciales de expansión, al contrario de lo que ocurre en su fase actual. Y la existencia del mundo colonial de ultramar hacia donde pudieron ser exportados los excedentes de población, en el caso de Europa; o la de extensas tierras vírgenes, abiertas institucionalmente a la autocolonización, en el caso de Estados Unidos.

Resumiendo nuestra discusión, cumple señalar que los proyectos ordenadores de las clases dominantes pueden ser más o menos amplios. En el primer caso, superados los efectos disociativos de una reubicación de la mano de obra, se estructuran naciones correspondientes a la sociedad global, cuyos componentes, aunque jerarquizados en clases, se integran en su totalidad en el sistema productivo y, en su mayoría en las instituciones políticas de la nación. En el segundo, la parte incorporada al sistema forma un reducto privilegiado en relación a un contexto excluido que es caracterizado como un fenómeno de "superpoblación", sólo reductible mediante el genocidio.

Esta situación enfermiza se dio, según vimos, como resultado de la inserción de las sociedades latinoamericanas en la civilización industrial por la vía de la actualización o incorporación histórica. La renovación del sistema productivo por esa vía generó a los sectores marginados como un contingente potencial de la fuerza de trabajo que, al ser excluido del circuito de explotación capitalista directa y de la parti-

cipación en las esferas institucionalizadas de la vida social, se configuró como un componente estructural identificable como una nueva clase oprimida.

Si la dinámica del sistema fuera integradora, el contexto acabaría homogeneizándose y desaparecerían tanto el reducto privilegiado como el contingente marginado para dar lugar a una sociedad integrada. Al no ser así, partes crecientes de la sociedad se marginalizarán porque, en el curso normal de su funcionamiento, el sistema generará más y más marginados. Estos componentes estructurales no integrados en la matriz modernizada de la sociedad, al crecer y tomar conciencia de su condición de "clase oprimida" amenazarán convertirse en una fuerza virtualmente insurgente que tenderá a subvertir una estructura social que les es crudamente desfavorable.

La reacción de las clases dominantes latinoamericanas ante esta insurgencia —sobre todo cuando ella dejar de ser virtual para tornarse activa— será tratar de erradicarla mediante la eliminación física de las partes de la sociedad que no se integraron al sistema socioeconómico que la rige, para así salvar el sistema. La alternativa será la victoria de la insurgencia y, con ella, la proscripción del poder de la clase dominante, como condición necesaria para la implantación de una estructura sociopolítica capaz de propiciar la participación de toda la población en un nuevo sistema productivo y su inserción en una sociedad nueva.

El desafío histórico al que se enfrentan las naciones latinoamericanas en nuestros días, consiste, como se ve, en encontrar modos de integrar esos contingentes marginados en sociedades más homogéneas capacitadas para dignificar la totalidad de sus poblaciones. La única alternativa conciliable con la perpetuación de la estructura desigualitaria vigente —y con ella, de la marginalidad de la mayoría de la población— sería el congelamiento del régimen a través de una represión tan brutal que podría llegar al extremo del genocidio, pero conllevaría siempre la perpetuación del subdesarrollo. Como difícilmente tal alternativa puede ser impuesta a poblaciones impulsadas por un vigoroso ritmo de incremento demográfico, activadas por crecientes aspiraciones de libertad y de progreso y cuyas vanguardias están advertidas en estos riesgos, es de creer que las naciones latinoamericanas están entrando en una fase histórica tan convulsionada como la que antecedió y siguió a la Independencia. En su curso, cada una de esas naciones será desafiada a elegir las vías por las cuales sus estructuras sociales se transfigurarán para posibilitar la integración de las masas marginadas.

- ARON, Raymond, 1965. *La lucha de Clases*. Barcelona.
- BOTTOMORE, T. B., 1964. *Elites and Society*. N. York.
- CARDOSO, Fernando Enrique, 1960. "Proletariado e Mundaça Social". *Sociologia*, vol. XXII, Nº 1. S. Paulo.
- 1969. "Participación Social y Desarrollo: La Clase Obrera y los Grupos Marginales". Documento presentado al Symposium Internacional sobre Participación Social en América Latina. orr. México. (Mimiogr.).
- CARDOSO, Fernando Enrique; REYNA, José Luis, 1967. "Industrialização, estrutura ocupacional e estratificação social na América Latina. Dados N.ºs 2/3. Rio de Janeiro.
- CEPAL. Naciones Unidas, 1967. *Estudios sobre la distribución del ingreso en América Latina*. Santiago. Chile.
- COSTA PINTO, L. A., 1964. *Estructura de Clases y Cambio Social*. B. Aires.
- DAHRENDORF, Ralf, 1962. *Las Clases Sociales y su Conflicto en la Sociedad Industrial*. Madrid.
- DEBUYST, Frederico, 1962. *Las Clases Sociales en América Latina*. Friburgo y Bogotá.
- ENGELS, Friedrich, 1964. *Las Condiciones de la Clase Obrera en Inglaterra en 1844*. B. Aires.
- FERNANDES, Florestan, 1964. *A Integração do Negro à Sociedade de Classes*. S. Paulo.
- 1968. *Sociedade de Classes e Subdesenvolvimento*. Rio de Janeiro.
- FURTADO, Celso, 1968. *Um Projeto para o Brasil*. Rio de Janeiro.
- GANON, Isaac, 1967. *Estructura Social del Uruguay*. Montevideo.
- GRACIARENA, Jorge, 1967. *Poder y Clases Sociales en el Desarrollo de América Latina*. Buenos Aires.
- GURVITCH, Georges, 1967. *El concepto de Clases Sociales*. Buenos Aires.
- IANNI, Octavio, 1966. *Raças e Classes Sociais no Brasil*. Rio de Janeiro.
- JAGUARIBE, Hélio, 1964. *Desarrollo Económico y Desarrollo Político*. Buenos Aires.
- LENSKY, Gerhard E., 1969. *Poder y Privilegio. Teoría de la Estratificación Social*. Buenos Aires.
- LENIN, V. I., 1957. *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*. Buenos Aires.
- 1960. *El Imperialismo, fase superior del capitalismo* (Obras Escogidas, Tomo 1). Moscú.
- 1963. *El Estado y la Revolución*. Buenos Aires.
- LASWELL, H. D.; LERNER, D., 1965. *World Revolutionary Elites*. Mass.
- LESSA, Carlos; VASCONI, Tomás, 1969. *Hacia una Crítica de las Interpretaciones del Desarrollo Latinoamericano* (Ed. Mim. GENDES). Caracas.
- MARX, Karl, s. f. *Miseria de la Filosofía*. Moscú.
- 1946-a. *El Capital* (5 vols.). B. Aires.
- 1946-b. *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú.
- MARTINS, Luciano, 1965. "Os Grupos bilionarios nacionais". *Revista do Instituto de Ciências Sociais*. Nº 2. Rio de Janeiro.
- 1968. *Industrialização, Burguesia Nacional e Desenvolvimento*. (Introdução à Crise Brasileira). Rio de Janeiro.
- MORAIS, Clodomir Santos de, 1969. *Algunas Consideraciones en torno de las Organizaciones Campesinas en Latinoamérica* (Ed. mim.). México.
- NUN, José, 1969. "Superpoblación Relativa, Ejército Industrial de Reserva y Masa Marginal". *Revista Latinoamericana de Sociología*. Nº 2. B. Aires.
- PEREIRA, Luis, 1956. *Trabalho e Desenvolvimento no Brasil*. S. Paulo

- PRADO, Júnior, Caio, 1966. *A. Revolução Brasileira*. S. Paulo.
- POULANTZAS, Nicos, 1969. *Política de Clases Sociales en el Estado Capitalista*. México.
- QUEIROZ, José Antonio Pessoa de, 1965. "Os Grupos bilionarios estrangeiros". *Revista de Instituto de Ciências Sociais* Nº 2. Rio de Janeiro.
- QUEIROZ, María Isaura Pereira de, 1965. *O Messianismo no Brasil*. S. Paulo.
- QUEIROZ, Maurício Vinhas de, 1965. "Os Grupos multibilionarios". *Revista do Instituto de Ciências Sociais* Nº 2. Rio de Janeiro.
- QUIJANO, Anibal, 1967. *Dependencia, Cambio Social y Urbanización en América Latina*, CEPAL, División Asuntos Sociales. Santiago de Chile.
- 1970. *Redifinição de la Dependencia y Marginalización en América Latina*. CESO. Univ. de Chile. (Mimiogr.). Santiago.
- 1971. *Polo Marginal de la Economía y Mano de Obra Marginalizada*. CEPAL. (Mimiogr.). Santiago de Chile.
- RODRÍGUEZ, Leoncio Martins, 1966. "Considerações sobre o comportamento operario". *Dados*. Nº 1. Rio de Janeiro.
- 1966. *Conflito Industrial e Sindicalismo no Brasil*. S. Paulo.
- SANTOS, Theotonio dos, 1962. "O Movimento Operario no Brasil". *Revista Brasiliense*. Nº 39. S. Paulo.
- SINGER, Paulo Israel, 1968. *O Papel do Crescimento Populacional no Desenvolvimento Económico* (Ed. mimeogr.). S. Paulo.
- 1970. *Força de Trabalho e Emprego no Brasil. 1920/1969*. Doc. presentado al Seminario sobre Marginalidad en América Latina (Mimiogr.). Santiago de Chile.
- TAVARES, María da Conceição; SERA, José, 1970. *Más Allá del Estancamiento: Una Discusión sobre el Estilo del Desarrollo Reciente en el Brasil*. Mimiografiado. Escuela Latinoamericana de Sociología. Santiago de Chile.
- TORRES, Pe. Camilo, 1965. *Las Estructuras del Subdesarrollo*. Bogotá.
- TORRES, João Camilo de Oliveira, 1965. *Estratificação Social no Brasil*. S. Paulo.